

Hernán Larraín Fernández

Inferioridad Económica

Días atrás leía un libro cuyo autor sostenía lo siguiente: "Si se interroga a cien chilenos padres de familia acerca de la profesión que desean para sus hijos, sobre poco más o menos ochenta dirán que desean la abogacía, la medicina o la ingeniería; quince, la agricultura, y cinco, el comercio o las industrias fabriles". Se sorprenderá usted al saber que esta afirmación fue escrita... ¡en 1911!

Así es. Francisco Antonio Encina, en su clásica obra "Nuestra Inferioridad Económica", al explicar las causas del deterioro económico de su época, atribuía tales deficiencias a factores propios de la psicología del chileno y a la educación de su tiempo. La orientación de los principales talentos hacia ciertas profesiones suponía en parte que las otras actividades carecían de prioridad en la mentalidad nacional o que ellas requerían de menor talento. Tales hechos, a su juicio, se explicaban por los prejuicios existentes respecto de la actividad industrial y por la orientación de la enseñanza, que atrofiaba la capacidad de los educandos.

Al promediar el siglo, el panorama que observaba Francisco Antonio Encina reproduce ciertos rasgos comunes. Todo

buen padre de familia procura que sus hijos lleguen a la universidad, idealmente a las carreras de mayor prestigio que, en lo fundamental, siguen siendo las mismas señaladas por el historiador. Pocos piensan en otras alternativas y casi nadie se resigna a que, en una primera fase, la enseñanza termine en el nivel medio. Ello tiene su lado positivo, en cuanto refleja aprecio por la educación superior y es señal de interés por alcanzar un elevado grado de preparación. Sin embargo, ¿es eso lo que realmente quieren todos los jóvenes? Más aún, ¿es lo que demanda el país?

Me asiste la convicción de que ni lo uno ni lo otro se puede responder positivamente. ¿Cuántos de nuestros hijos no poseen habilidades diferentes de aquellas pertinentes a las profesiones universitarias tradicionales? Quienes tienen vocación artística son mirados con preocupación, salvo que sean mujeres o genios en su campo. Peor es lo que ocurre con los niños con destreza manual, porque ello es secundario en nuestra valoración cultural.

Una concepción racionalista del mundo, que privilegia sólo lo que pertenece al mundo del intelecto, y la búsqueda de "status", como aspiración de una vida me-

jor, se convierten en los enemigos de una educación que aburre y que no motiva, ya que se aleja de las genuinas inquietudes de la juventud.

Quien también se resiente es el país. La enorme inversión en educación se pierde en un mar de frustraciones, aunque sin mayores consecuencias porque, en verdad, a nadie le importa mucho la educación. Sin embargo, el resultado es que la empresa recibe un elemento que no está preparado para las tareas productivas. Los universitarios, en general, están sobrecalificados u orientados para asumir tareas de gran envergadura teórica, sin el oficio para sobrellevarlas. Cuando se trata de egresados de la enseñanza media el resultado es más dramático. Si su formación ha sido científico-humanista, se trata de un perfecto inútil para trabajar. Si proviene del sector técnico-profesional, dada su calidad, parece más seguro reentrenarlo antes de darle responsabilidades para las cuales no está capacitado.

Una educación distinta es la que Chile necesita. Un siglo de reiterados fracasos económicos constituye tiempo suficiente para rectificar rumbos.